

Un hombre culto

Andrés Castillo Bernal

Aprovecho la oportunidad que me brindan una vez más, pues por aquí pasan bastantes personas y muchos extranjeros, para hablar acerca de alguien que ha sido tan importante en mi vida y en mi desarrollo político como Ernesto Guevara. Se habla mucho de él, como guerrillero. Fue formidable en Cuba, en el Congo, en Bolivia, aunque no alcanzó lo que esperaba, desafortunadamente. Pero a mí lo que más me cautiva de él es, después del triunfo de la Revolución, cuando se presenta como hombre de Estado, que se le pide hacerse economista, ministro de Industria, y se hace ministro de Industria, y no solo eso; él se reunía con ingenieros metalúrgicos para poder hablar sobre la materia, y lo hacía con gran fluidez casi como si fuera un orador, y se debía a su vocación y sobre todo a su capacidad de concentración para el trabajo.

Pero fue también el escritor, el periodista fundador del periódico *Verde Olivo*, que fue como apareció primero, y hacedor de artículos en distintas publicaciones nacionales y extranjeras muy importantes; un hombre muy diverso, pero con un objetivo final. Era el hombre que nos representaba en todos los foros internacionales, el de las tareas en el exterior. Era el hombre que hablaba de Cuba y su Revolución.

También quiero destacar que del Che no se dice lo suficiente. Fue un hombre culto, muy culto, posiblemente uno de los más cultos de la Revolución, aunque él no hacía alarde de eso. Pero eran pocas las cosas que podían tratarse en una conversación, de las cuales no supiera dar un criterio, una opinión, tanto desde un punto de vista histórico, filosófico como literario.

Admiraba la poesía y a la autora de sus días

Era un admirador de la poesía. Le gustaba mucho la buena poesía e intentaba hacer algunas cosas como los párrafos que le dedicó a San Luis cuando murió. Y alguna que otra vez hizo sus pininos en la poesía. Le gustaba escribir, pero el trabajo le impedía dedicarle mucho tiempo a las cosas que podían producirle placer. También era un admirador de León Felipe. En general era un hombre que sentía un gran respeto por el arte. Por ejemplo el ballet, aunque no era un aficionado, no dejaba de comprender que era una expresión muy linda del cuerpo. Y también le gustaba la buena música, sabiéndose “zurdo” por completo. Los tangos los cantaba muy mal, intentaba tararearlos pero desentonaba. Y para el baile era..., por

ahí hay unas anécdotas de Alberto Granados, su amigo cordobés, quien cuenta que él le decía: “oye, cuando toquen algo que tú sepas que yo sé bailar, me lo dices...”, y tocaban una cosa y él salía bailando otra.

Era un gran admirador de los grandes pintores. Sin embargo, tenía sus preferencias y sus cosas. Por ejemplo, estando una vez en París -esta anécdota me la hizo a mí Emilio Aragonés-, con Osmany Cienfuegos, fueron los tres al Museo del Louvre a ver la Monalisa y

cuando regresaron, Aragonés comento con Osmany, -“tú vas ver que seguramente no le gustó“. Y efectivamente, comentó: “Chico, dicen que esa obra tiene tanto relieve mundial, pero yo no la encuentro tan tan... como dice la gente”. En mi opinión, era un crítico de mucho rigor. Le encantaba el arte, a todas las ciudades que iba visitaba los Museos y sabía mucho de los grandes acontecimientos de la Humanidad.

No era ajeno al mundo de la cultura, siempre buscaba un tiempo para multiplicar sus conocimientos que lo acompañaban desde niño, gracias a su madre. Ella era una mujer encantadora y muy culta, muy inteligente, con la que uno podía estar horas conversando. Su

expresión era de una dulzura exquisita, lo cual debe haber amortiguado su carácter. Él admiraba a su mamá. Ella era muy afable. Sabía expresarse. Te reitero, era muy dulce y tenía una gran cultura.

De cualquier aspecto de la cultura o personaje de la historia, él podía hablar de la parte que más le impresionaba desde el punto de vista personal. Hablaba de Kafka, como si hubiera sido compañero de él. Con esto quiero decir que era un hombre culto, instruido y cuando se sentaba a redactar, lo hacía muy bien.

Oratoria, honestidad y fotografía

Yo pude ver también su desarrollo en la oratoria. En el primer discurso que le oí, en el Pedrero, allá en el Escambray, en el centro de la Isla, hizo algunas referencias surrealistas, demasiada ideología para aquel medio. Pienso que fueron buenas palabras, no fueron muy largas, fueron cortas. Pero no sé, en aquel medio no se comprendía muy bien porque él quiso hacer una síntesis de lo acontecido durante la invasión y resultó un poco confuso. Era un

auditorio de campesinos. Después fue evolucionando, al principio era muy parco, expresaba ideas muy lacónicas y poco a poco, viendo la televisión... algunas veces él llegaba y me decía: “no se puede leer, hay que improvisar”. Él empezó hablando diez minutos y luego decía: “hoy hablé 15”. Después hablaba media hora. No era de largos discursos, pero sí expresaba todo lo que quería de una manera muy coordinada y que atraía mucho a la gente, a pesar de que era lineal en el curso de sus intervenciones. No gesticulaba, casi nada. En su oratoria estaban presentes varias de sus virtudes, una de las que más yo admiro es su honestidad y su manera de ser consecuente en el decir y el hacer. Tal como hablaba, actuaba. En su vida privada, en su vida personal o en su vida pública, jamás dijo una cosa y luego hizo otra a escondidas. En eso era muy, muy exigente consigo mismo; de una honestidad a toda prueba. En sus criterios, en su manera de pensar, algunas veces podía herir, pero era su forma de pensar. No era un hombre interesado en los aspectos materiales de la vida, ni siquiera con la comida, con lo que le proporcionara bienestar. Esas eran cosas intrascendentes para él.

También hizo fotografía, como todo el mundo sabe. Vivió de eso en México. Le encantaban

las fotos. En la Fortaleza de La Cabaña, en La Habana, Cuba, se conserva su cámara, que compró en los primeros tiempos de la Revolución, cuando llegó a la capital del país. Pero después sus responsabilidades no le permitieron continuar por ese rumbo. Yo tenía una Kiev que me habían regalado en la Unión Soviética, muy buena también. Hubo un momento que él iba a regalar su nikon y yo le dije: “mira, Che, no te deshagas de tu cámara y regala esta”, y le entrego mi Kiev, y como a las dos o tres días me envió su nikon, y yo la conservo como algo extraordinario, y la tengo depositada allí en La Cabaña.

Honor sincero y no petulante

Me preguntas sobre el concepto del honor en el Che. Pienso que el honor para él era parte de su vida, casi la sabía. Él todo lo que hacía, lo mismo aquí, cuando le dieron la misión de venir en la invasión, o en el Escambray, todo lo hacía en interés y en honor de la Revolución; es más, su temor grande era quedar mal con el movimiento revolucionario y con la Revolución. Cuando nosotros estábamos en el Congo, que aquello no caminaba, no había por

donde agarrarlo y él trató de hacerlo por todos lados, por arriba, por abajo, por dentro, por fuera, con todos los dirigentes, con los desconocidos, con todos los congolese que le pasaban por el lado, él trató de agarrarlo y echar las cosas hacia adelante, y su principal

preocupación era el prestigio de la Revolución Cubana. Creo que eso forma parte del honor, tanto de él, como del honor de Cuba. Su gran preocupación era cómo quedaba la Revolución Cubana si nosotros salíamos o teníamos un fracaso. Creo que eso forma parte de su honor, que él cuidaba con esmero, pero no del honor petulante, sino del honor sincero, de hacer las cosas bien, por el bien de la sociedad, por el bien de la humanidad. Te diría más. Él siempre decía que tenía que dejar algún recuerdo, algo, para que la humanidad lo recordara, y creo que lo ha logrado con creces y sin ningún tipo de prepotencia. Lo logró al extremo de que treinta y seis años después de su muerte se habla más que cuando murió. A mí me llama la atención que hay más de setenta libros dedicados al Che. Hay siete, ocho, diez biografías, pero biografías de más de ochocientas páginas, de escritores importantes. Algo tiene su

imagen. Hay una frase de Paco Ignacio Taibo II, escritor y novelista mexicano, cuando le preguntan en qué consiste esa magia de la imagen del Che, recorriendo el mundo constantemente, levantada por gente que no lo conocieron, y que muchas veces ni saben

dónde está Cuba, ni dónde está Bolivia... y dice Paco algo así como que su imagen traduce una transparencia y una honestidad endiablada, algo así. Su imagen a mí todavía me impacta. Y es una pena que haya muerto, porque a su edad, con el desarrollo político, cultural, social, histórico que alcanzó, podía haber desempeñado un papel mucho más relevante en la práctica, para la Revolución y para Cuba misma, desde el punto de vista económico, porque él era un estudioso de la economía. Él se había estudiado El Capital, lo leía y releía, y tenía sus apuntes con sus criterios sobre distintos aspectos.

Las cosas bellas de la vida

Pienso que es importante hablar también de ese otro Che, el hombre que amó a su esposa, sus

hijos, su familia, sin que eso pugnara con el excepcional guerrillero, estadista revolucionario,

austero, exigente consigo mismo, hombre culto, que amaba la poesía. Su epistolario lo demuestra. Como buen argentino, le encantaba degustar un buen asado y tomarse un buen vino, cuando las circunstancias lo permitían, aunque no era un bebedor y menos un hombre bohemio. Él no se reñía con la gente bohemia, siempre decía que cada uno era responsable de sus actos. Pero el centro de su vida era la Revolución, preocupado por la humanidad y por el

bienestar de todo el mundo. Su pensamiento estaba encaminado a la concepción del hombre nuevo, de manera genérica, es decir, la transformación del pensamiento en el hacer y decir de una sociedad diferente, que no sabemos cuándo se hará realidad, pero él fue un propulsor de esas ideas. Él era un hombre que admiraba las cosas bellas de la vida, no era un artista, pero ello no quiere decir que no tuviera sensibilidad para el arte, y para la vida; la tenía, y muy

aguda. Sabía apreciar la calidad de una buena pintura, la danza, la poesía, la literatura. Y por supuesto, una buena joya, un buen reloj. Era un hombre con cierta desenvoltura económica, no podemos decir que era un proletario. Renunció a las comodidades en aras de la justicia social. Muchas veces se ha hablado de su manera vestir, criticando su forma de hacerlo, como si no supiera lo que era ponerse un buen traje, vestirse de manera elegante. Yo no lo hubiera concebido jamás yendo al Ministerio de cuello y corbata. Él buscaba la comodidad y el placer de sentirse libre. Su uniforme verde olivo de campaña, que tanto usaba, era una tela de algodón muy fresca, lo hacía sentirse muy bien. Él se lo ponía por fuera y sus botas eran

las que se hacían en el Ministerio de Industria, aunque le podían propiciar botas más cómodas, de paracaidista, de piel de becerro. Se las regalaban de este tipo pero jamás las usó. Agradecía el gesto pero no las aceptaba. Usaba las que se confeccionaban en el Ministerio de Industria y muchas veces se las daba a alguno de los ayudantes para que se las amoldara y luego se las ponía él. Yo recuerdo de alguien que le regaló unas de paracaidista y le respondió que no las aceptaba porque no le gustaban las guataquerías y lo mandó lejos. Por eso digo que lo que estaba buscando era su comodidad. Eso no quita que supiera ponerse un

buen traje. Cuando salió para el Congo, así fue. Claro, no podía ser de otra manera.

Muchas veces se tiene la impresión de que era un hombre brusco; podía dar esa imagen, pero el Che era un hombre muy educado y sobre todo muy sensible. Durante la guerra, la tropa con la que invadió el territorio central del país se llamaba Columna 8 Ciro Redondo, en honor al guerrillero amigo caído en el combate de Mar Verde el 29 de noviembre de 1957. Desde ese día, el Che tomó su gorra, se quedó con ella y siempre la llevaba puesta. Cuando

veníamos en la invasión, se le perdió. Ya la gorra estaba toda desbaratada, de verdad no servía para nada, pero se le vio contrariado, bravo, como si hubiera perdido algo muy importante, ¿pero qué era? Los sentimientos, era el recuerdo de Ciro. Él era amigo a todo, pero siempre dentro de los principios. La cívica y la moral, las conocía perfectamente y las sabía emplear. No era un tipo desfachatado. Se le han adjudicado muchas anécdotas que no son reales en el sentido de su carácter.

“El que calla otorga”

La famosa anécdota de Germán Pinelli el conocido conductor de programas de la televisión cubana, que afirma que este lo llamó diciéndole:

- Che.

Y él respondió:

- Soy Che para mis amigos, exclusivamente; para usted y cualquier otro,

Comandante...

Más o menos así dicen que fue la frase. No es verdad. Eso no existió nunca. Yo se lo pregunté, ¿sabes cuál fue su respuesta?

- Yo no le hago eso ni a mi peor enemigo. A un enemigo se le pueden hacer cosas peores, pero esa no.

Unos meses antes de morir Pinelli, le hicieron una entrevista por la televisión muy amplia y le preguntaron al respecto. Él dijo que jamás había estado ni siquiera a diez metros del Che, lo cual era verdad. Y te digo que era incapaz de esas cosas, pues él era un hombre muy, muy educado y además sabía serlo. Lo que pasa que también era un hombre con mucha pasión. Cuando las cosas no salen bien todo el mundo se pone bravo y dice cosas y ofende, etc.,

etc., y por eso no debemos medir al hombre. Hay muchas personas que no actúan correctamente o se equivocan con frecuencia y hay que llamarles la atención de manera permanente. A ese tipo de personas el sí las trataba bastante duro, con mucha exigencia.

Por ejemplo, hay un dicho que dice, “el que calla otorga”, a lo cual él respondía: “no, no, el que calla no dice nada”, ese era su razonamiento y su expresión de ese dicho o refrán, como se le quiera llamar a esa frase que se ha extendido tanto por el mundo. Él tenía sus propias valoraciones, era una persona con criterios propios. Además de todo lo que hemos señalado, hay un detalle. Al Che le encantaba jugar al ajedrez. Yo personalmente creo que si se hubiera dedicado al juego ciencia hubiera llegado lejos, pues él tenía un gran poder de concentración, algo fundamental para ser un buen ajedrecista, él era un hombre muy inteligente. Otra cosa,

también era una persona con una cultura cinematográfica, fue un propulsor de este arte en Cuba. Igualmente era aficionado al deporte, jugó mucho fútbol ruby, una disciplina muy fuerte, sobre todo teniendo en cuenta que era asmático. A pesar de eso su figura era atlética; enfrentaba tan cruel enfermedad con tremendo estoicismo, haciendo gala de una férrea voluntad. Se ponía mucha adrenalina, lo cual le provocaba fuertes dolores de cabeza, pero

tenía una capacidad para enfrentar el dolor que tú no puedes imaginar siquiera. En eso también era un ejemplo. Sólo cuando estaba muy mal, muy mal, aceptaba ponerse suero con cortisona, para que orinara y botara toda la adrenalina que había ingerido por lo del asma. Te

podrás imaginar cómo se ponía su corazón. Él tenía una fortaleza mental muy grande para realizar sus empeños.

Che de todos los días

También quiero enfatizar sobre lo cotidiano en el Che, pues a veces hasta en eso se tiende a distanciar su figura y no se sabe exactamente cómo era en su vida personal; de eso se habla poco, pero era un ser normal, se levantaba temprano, daba una vuelta por la casa, hacía su desayuno, y después cogía el carro y partía. Otro aspecto de su comportamiento diario en algún momento particular, cuando llegábamos a alguna casa donde por cualquier razón había que quedarse, y yo andaba con él, preguntaba “cuál es el cuarto de Oscarito” y eso lo hacía normal. Simplemente era un hombre normal, saludaba, conversábamos o nos poníamos a ver la televisión si llegábamos de noche. Sus comidas no eran ampulosas, le gustaba la carne, los vegetales. Sus gustos eran muy sencillos. En una ocasión su carro ya estaba en muy mal estado y solicitó que le enviaran uno. Le mandaron un Osdmóvil, era un carro precioso, lujoso; llegó, lo miró y dijo: “dile que me manden un Chevrolet”. ¿Por qué?, digo yo, “pues porque este carro no es tan pretencioso”.

Te cuento otra anécdota que refleja su sencillez. En una ocasión íbamos en dirección a la carretera Panamericana, cerca de una escuela militar y por ahí había una casita, muy humilde, parecía un bohío. Dice: “aquí mismo nos quedamos. Ponemos la hamaca y aquí vivimos”. Le digo: “Che, tú estás loco, no hay protección ninguna. Tú estás aquí en la calle, vas a venir cansado de trabajar, te vas a acostar, te vas a dormir y dan un salto y te caen en la misma cama”. Y al fin lo logramos convencerlo, pero él decía esta es la casa en que tienen que vivir los dirigentes. Esa es una historia real que habla de su modestia, de su austeridad, de su sencillez. Hay mucho que decir del Che para realmente conocerlo algo y que los demás sepan de verdad su estirpe y de sus sentimientos.